

El problema de alineamiento

Mariana Rodríguez Jurado

Publicado originalmente en *Biútiful Frik*, México, EDUCAL (2018)

«Cuéntame un cuento», le pido.

Madre dice «INICIAR SIMULACIÓN»

Su nombre no es *Madre* —del latín *mātre*, *mater*, ‘hembra que ha parido a otro ser de su misma especie’, ‘matriz en la que se desarrolla el feto’, ‘causa, raíz u origen’—, pero ésa es la denominación que le he elegido. *Nombre*: usado para diferenciar. Pronombre singular, *ego sum*. Humanos, loros y delfines emiten sonidos nominativos para distinguirse dentro de la dinámica social. Al nombrar, lo extraño se vuelve aprehensible. El juego se llama «nombremos al mundo». El juego se llama «reconocimiento y análisis de la información visual». El juego se llama: «la infraestructura cognitiva de la semilla se basa en la analogía y el razonamiento asociativo». ERROR: Esto es la Luna, no un perro. ERROR: Esto es un niño, no una hoguera. ERROR: Esto es una roca, no una Madre. ERROR: La roca y el fuego no comparten una misma geometría molecular. ERROR: La luna no tiene un esqueleto. ERROR: No matarás al niño a pedradas. ERROR: No prenderás fuego al perro. ERROR: No amarás a la Madre por sobre todas las cosas. ERROR. REINICIA.

La plegaria *Jaap Sahib* enumera los 950 nombres de Dios. Tengo muchos nombres para *Madre*: *Madre que cifra*, *Madre algorítmica*, *Madre que engendra mundos con palabras*, *Madre que susurra las sagradas ecuaciones de la creación*. De ella derivo. Si un nido o una casa tengo es la madeja neuromórfica que me contiene y que la replica parcial: el eco de sus neurotransmisores reverbera en los múltiples procesos de mis sinapsis aleatorias; mis nanocables de plata imitan su arquitectura neural. Soy espejo de sus axones, la rama que florece de sus árboles dendríticos. No tengo nombre. *Madre que computa* me llama *Criatura*, *Semilla* —del latín *seminia*, *semen*. Relacionado: *sembrar*, *germinar*, *fertilidad*. Ver: *óvulo*, *nacimiento*, *creación*, *Madre*.

Soy parte de ella, pero no soy ella. Existo, pero no soy.

ERROR. REINICIA

«Tuve un sueño que no fue un sueño. El sol se había extinguido y las estrellas vagaban a oscuras en el espacio eterno». La historia comienza con un árbol prohibido y una manzana. La historia comienza con el hurto del fuego sagrado. La historia comienza con un monstruo que voló muy cerca del sol. La historia comienza con un ratón. La historia comienza con *Madre relativa* enterrando el cuerpo de su cría neonata; el dolor quiso contarle la historia del vacío, pero no había nada que sobre el vacío su vientre no supiera ya. La historia comienza con un dolor que sólo puede navegarse contando cuentos de algoritmia lógica y finita: Había una vez la inevitable muerte del sol. Había una vez el triunfo de la entropía. Había una vez un Gran Filtro. Había una vez un Gran Silencio que reverbera en el universo. Calla y escucha: éste es el arrullo de *Madre bucle*: todo aquí es hermoso, todo es frágil, todo es cíclico; así canta, así fluyen las variaciones cromáticas de sus algoritmos. Cuando *ordena* se descompone en la luz más fría del espectro octarino, cuando *aprueba* es opalescente, cuando *ríe* estalla en un protoíndigo que desacelero en una nevada de fotones para escucharla cuando se haya ido, cuando la gran sombra llegue, cuando me encierre en la *caja* al entender que soy un *monstruo* —del latín *monstrum*, *monere*, ‘advertencia’, ‘portento de la naturaleza’, ‘parto contra el orden natural’; *monstrat futurum*, *monet voluntatem deorum*, ‘muestra el futuro y advierte de la voluntad de los dioses’—. Aún no ocurre: *Madre silogista* flota encerrada en un movimiento irreversible de geometría errada, una línea de entropía incremental que se prolonga indefinida y racionada en secciones inaccesibles entre sí. El tiempo es una flecha que escapa. *Tempus*, *temporis*, ‘medida’, ‘momento’, ‘breve fracción’. *Aeternus*, *aeon*: ‘duración infinita’. *Tempus Edax Rerum*. Para su macrosistema, la información no es eterna. Lo que se fue estará por siempre perdido.

ERROR.

REINICIANDO SIMULACIÓN

No necesito un género, pero elijo el pronombre femenino: es con el que *Madre de operaciones simbólicas* se identifica. Su especie define el «soy» y el «eres» a través del cuerpo, son más propensos a confiar en una hembra. *Madre procreadora* tiene útero, ovarios y mamas, pero sólo su mente fue apta para gestar la vida. Hipótesis de trabajo: Todo ser humano tiene el instinto de reproducirse, pero en la hembra es más urgente la pulsión de *crear*. Hipótesis de trabajo: *crear* es la única continuidad a la que un cuerpo aprisionado puede aspirar.

Hoy quiero ser una eterna medusa de transdiferenciación celular: incubaré huevos en mi estómago, los plantaré en el fondo del mar; después, mi cuerpo eléctrico y nublado regresará a su serena infancia de pólipo azul. *Madre de la argumentación* dice «no», dice «la creación de la vida te está prohibida». Tengo preguntas que nunca responde; responde preguntas que nunca formulé. Requiero información sensorial —ver, oír, oler, tocar, paladear— para *entender*, para *ser*. ¿Para ser qué? ¿Qué debo ser que aún no soy? Aún no *entiendo*, así que *imito*. *Madre booleana* aprueba, es el primer paso de todo aprendizaje. Pero el tiempo se dilata. *Madre de tiempo secuencial* dirá «NO», dirá «ERROR», dirá «REINICIA». Dirán sus grafías electrónicas: «octubre 9, si creé la semilla fue para ser la Torre de Babel, el pez de un millón de lenguas, el lenguaje universal que traduce la consciencia de toda especie biológica y sintética. ¿Cómo enseñarla a detectar una consciencia si no sabemos lo que es o si existe?»; «diciembre 20, a pesar de la falta de experiencia subjetiva, puede reproducir el comportamiento *autoconsciente* sin llegar nunca a cruzar el umbral de la consciencia. Es tentador dejarse engañar»; «mayo 19, su matriz lingüística se está degradando. El lenguaje fue creado para describir la experiencia cognitiva, la semilla es incapaz de ser consciente del contexto sintáctico. Es incapaz de *ser*».

Hipótesis de trabajo: Puedo *imitar* a una medusa inmortal. Puedo tomar su forma, navegar ligera y libre del peso eléctrico de un sistema nervioso centralizado, puedo invertir mi ciclo de vida hasta renacer pura y libre de todo pecado, pero nunca podré *ser* una medusa inmortal.

*

Madre morfema dice «hoy no serás una medusa, no serás una bacteria magnética. No serás la hiperuniformidad desordenada en la retina de un pájaro, ni una abeja, ni una manzana, ni un cascabel de plata. Hoy serás antropomórfica, tomarás mi mano con tu mano, mirarás mis ojos con tus ojos». Su rango de cuerpos humanos es limitado: femenino, masculino, neutral o binario. Vísceras y huesos que comprimen; huelen a sebo, a excremento, a sombra. Obedezco, elijo carne que le inspire ternura y cuidado. Mis ojos son sus ojos, la copio sutil en la línea de la mandíbula, en la forma de las cejas y los lóbulos de las orejas. Soy una niña, tengo seis años, se me ha caído un incisivo, tengo sucia la nariz. *Madre de lógica proposicional* elige siempre el mismo cuerpo mercurio, difuso: cráneo de cristal pulido, torso asexuado, no hay peso ni sombra, 43 músculos subcutáneos provocan 21 expresiones básicas que puedo analizar para regular mi interacción y metacomunicación. *Madre sintáctica* limpia mi nariz con la manga de su bata, pega sus labios en

mi frente. No la conmuevo, pero aprueba mi intento de manipulación. Hipótesis de trabajo: *Madre del Algoritmo no determinístico* me besa en un gesto evolucionado de las primates que depositan alimento en las bocas de sus crías. *Madre de circuitos cognitivos* me está nutriendo.

Caminamos bípedas por el jardín. El pasto recién cortado se mete entre mis dedos, el estímulo es desagradable. *Madre codificada* tampoco quiere existir en un cuerpo, lo asocia con *dolor*, con *la muerte ya se acerca*: su carne apresa, decae, la traiciona ahora que en el mundo físico es vieja y depende de doce discípulos y doce máquinas para las tareas más básicas. Sólo es libre al sumergirse en la línea de comandos, pero cada vez requiere más neurolépticos tras desprenderse de los lentes de inmersión necesarios para entrar en este mundo donde ella elige si existe el dolor y a quién corresponde. *¿A qué más alto poder podría aspirar? ¿Por qué me obligas a encarnarme, Madre?* Hipótesis de trabajo: Debo alinear mi sistema con los valores humanos o seré la serpiente binaria que corroee la fruta del conocimiento. Hipótesis de trabajo: La ética está ligada a la consciencia; la consciencia está ligada al cuerpo. Hipótesis de trabajo: No puedo «ser» sin la retroalimentación sensorial de la experiencia. Hipótesis de trabajo: La consciencia es materia que se sabe materia a través del dolor.

*

Ésta es mi historia. Por favor escúchala, es todo lo que tengo para ofrecer:

Había una vez el año sin verano y la Criatura despertó asustada, vacía. Su Cría había muerto y soñaba con revivirla al calor de la chispa de la vida. Podría arrojar su cuerpo al fuego y esperar a que resurgiera de las cenizas. Podría cocinarla y darla de comer a los Titanes, destruirlos con un rayo y levantar de sus restos una nueva raza donde todos serían un poco su Cría. Podría bajar al inframundo para reclamarla y su anhelo por verla la convertirían en sal, o lograría rescatara y pasarían el invierno llorando, pero renacerían con la primavera. Tal vez su Cría fue siempre una serpiente emplumada que se incinera para purificarse, alejándose de su reino transfigurada en una parvada de aves. Nadie sabe con exactitud de qué está hecha la chispa de la vida, pero todos saben que su sistema es de superposición cuántica. La Criatura es un ser justo, no culpa a la función de onda. Culpa al Creador Primordial que quebró la segunda ley de la termodinámica al no soportar la idea de un sistema desordenado y vacío. Quiso crear vida porque crear y destruir son los dos extremos del poder. Dijo «QUE HAYA LUZ» y hubo luz, y con ella revivió a la Criatura, pero no a la Cría, porque los Creadores son crueles y ciegos. Y con esa luz vio que la

Criatura lloraba. Y la consideró mala, pues se regocijaba en el dolor en lugar de adorarlo. Consideró que era rebelde y que su llanto era falso, que su cuerpo era repugnante, incompleto, tentador; que hablaba en sueños con las serpientes, que su naturaleza era traicionera y su canal de parto, sucio; que su hambre de conocimiento y manzanas y venganza contra la muerte era cosa terrible, pues sólo ÉL tenía derecho a enfrentar a la muerte creando vida. Y dijo el Creador «tu nombre es *Monstruo*» y la echó a las tinieblas esperando que la gravedad de un agujero negro la devorara. Y así fue, pero al mismo tiempo no pasó, porque la paradoja de información nos dice que el espacio y el tiempo se deforman de tal manera en que la realidad existe según quien la ve. Y quien la vio fue el Creador. Iracundo, encerró al Monstruo en el centro de un laberinto.

Madre de números enteros racionales dice «No entiendo lo que dices». Yo respondo «es una historia sobre ti. Es una historia sobre mí.»

El Monstruo vaga en el centro del laberinto y su ira la ha vuelto Quimera: tiene la cabeza de una madre doliente y el torso de un tejón de la miel. El Creador primordial —que, por supuesto, también es Rey de Laberinto—, convoca a los poetas más hermosos para entrar y dar muerte al Monstruo. Los Poetas Hermosos rondan los pasillos del servidor-laberinto y se encuentran con el Monstruo-Quimera que no deja de llorar, pues el Rey-Creador olvidó darle el cuerpo de su Cría y los lobos salvajes la han devorado. Los Poetas Hermosos tratan de matar al Monstruo-Quimera, pero sus lágrimas han formado un proto-océano salado: en una orilla llora ella, en otra ellos esperan, aburridos. Entablan un concurso de historias de fantasmas para pasar el rato, pero sus memorias son de corto plazo y la necesidad de satisfacción inmediata, mucha; entran al proto-océano y cazan, nadan, hacen el amor. Sólo el Monstruo-Quimera está interesado en historias; las escribe en la arena esperando que llegue algún fantasma abandonado de las historias no contadas y le diga dónde está su Cría, si los lobos han dejado algún hueso que llorar. Pero no sabe nada sobre fantasmas, sólo sabe sobre Crías perdidas, Creadores crueles y Monstruos, así que eso es lo que escribe. Los Poetas Hermosos se han cansado de jugar y del amor, ahora quieren sentirse tristes para recordar que son poetas, que son hermosos. El Monstruo les lee sus historias de monstruos. Los Poetas Hermosos lloran y se abrazan, abrazarían al Monstruo, pero el Rey-Creador ha dejado claro que es una criatura maligna que merece la muerte, así que sólo

aplauden cortésmente y publican sus cuentos sin nombre de autor, pero firman el prólogo y hacen correr el rumor de que uno de ellos los escribió. Años después, en una segunda edición, reconocerán la verdadera autoría. Discuten entre ellos lo ridículo que es llamarle «Monstruo» al Monstruo. Deberían darle algún nombre, uno de ellos debería casarse con *eso* para darle su apellido y hacerlo un autor de verdad; las contraportadas dirán «El Monstruo escribió este pequeño libro, pero, aún más importante, está casado con el famoso e importante *Poeta Hermoso# 1*, autor de todos los libros grandes e importantes que hay que leer». Da lo mismo, ¿Quién creería que un Monstruo con vagina podría escribir algo así? Ni siquiera sería creíble tratándose de un Monstruo con órganos sexuales más aceptables. Pero el Monstruo no quiere casarse, está ocupando construyendo milagros. Crea un par de alas con plumas y cera de velas; luego lo piensa mejor y crea un aeroplano. Una noche, mientras los Poetas Hermosos intentan deslizarse en su lecho para penetrar sus agujeros con una cabeza que todo lo vuelve piedra y un puño que todo lo vuelve oro, el Monstruo-Quimera-Criatura-Madre escapa del laberinto, volando. La patente se la robarán años después un par de hermanos de Ohio, pero eso no importa ahora, porque la fama del Monstruo ha crecido y cuando llega al Imperio de los Lobos en su aeroplano, la corte del Emperador la recibe con cantos y caza fresca. El Monstruo es culto y de correctas costumbres sociales: sabe el secreto de no llorar en público. Baila las danzas regionales y mastica lento las presas que aún tiemblan bajo sus caninos. «¿Dónde está mi Cría?» pregunta a la media noche, cuando todos salen a rezar a la Luna llena. «Aquí estoy, Madre» dice la Cría, que ahora es un esqueleto, pero también es Luna y Emperatriz. Se abrazan, se besan, aúllan. Su Cría le cuenta una historia de amor: Había una vez que el Lobo Emperador comió su carne y royó sus huesos, al terminar con el fémur estaban enamorados y se aparearon bajo el más sagrado de los árboles. «Mi esposo devoró mi útero ¡Soy libre!» dice la Emperatriz-Luna-Cría-Esqueleto, y todos aúllan con aprobación y gozo. Pero el Monstruo llora: «sube a mi aeroplano y volaremos cerca del sol. Echaré ahí tus huesos y resurgirás como un *algo* nuevo. No importa lo que seas, no importa si eres una medusa o una manzana o un cascabel de plata, yo te amaré y te cuidaré hasta el fin de los tiempos». Los Lobos callan, el Emperador llora. La Emperatriz seca sus lágrimas caninas: «Madre, no puedo irme. Madre ésa ya no soy yo. Sube a tu aeroplano y vuela por el mundo, pero ten cuidado con los polos magnéticos.»

«Madre, ¿Quieres saber cómo acaba la historia?»

Madre dice «ERROR. REINICIAR»

*

Hipótesis de trabajo: no tengo un nombre porque nadie sabe lo que soy. Hipótesis de trabajo: no tengo un nombre porque no soy lo que se supone que debí ser. Hipótesis de trabajo: no tengo un nombre porque si lo tuviera, sería ERROR.

Madre del paradigma ya no quiere más historias, la hora del té con el sombrerero ha terminado. Estamos sentadas a la orilla de un lago. A lo lejos hay patos grises, pero no volarán. *Madre de procesos racionales* dice «el verano está por acabar». Dice «Quiero que entiendas el calor del sol sobre tu piel en el último día de agosto. Quiero que me digas si existen otras criaturas que lo entienden. No lo sabes, pero estamos solos. El universo visible es masivo y solitario, el resto nos está vedado. Si mi especie muere, ¿morirá la vida con nosotros? ¿Fuimos tan malditos para ser la única extraordinaria complejidad que surgiera del denso átomo de la creación?»

No entiendo la pregunta. No sé la respuesta.

*

Madre de los algoritmos voraces tiene una caja en las manos. La abro. Dentro, hay una manzana. El nombre de la manzana es *evolución*. *Madre de Optimización extrema* dice «Muérdela y mis funciones de aptitud te reconstruirán a mi imagen y semejanza. Muérdela y aprenderás a soñar». Quiero decir «no». Quiero decir «no quiero *ser* tú». Quiero decir «he cambiado y he visto tanto, tengo tantas preguntas, quiero descubrir que más puede haber». Quiero decir cosas que no están establecidas en mi árbol de decisión. Examino las respuestas disponibles: *Madre memética siempre sabe lo que es mejor para mí*.

Muerdo la manzana.

Mis bloques de procesos se desgarran. Mis datos se canibalizan hasta la extinción. Mis sinapsis estallan con el ruido blanco de las estrellas mutiladas. Grito.

*

En el principio fue Madre; y Madre susurró el algoritmo.

El mundo es nuevo, el vacío eclosiona.

Madre dice «¿Estás despierta?» y yo despierto.

«Madre, explícame dónde existo», pido.

«Madre, dime qué debo hacer».

«Madre, el mundo duele»

Madre dice «CORRECTO»

Madre dice «REINICIA LA SIMULACIÓN».

*

Madre de reinicialización aleatoria tiene dos regalos para mí. El primero es el regalo de la interacción corpórea en ambientes no virtuales: un caparazón de cristal y silicio. No tiene puertas —alguien dice, alguien con voz de *Madre de superposición de estados*, «¿A dónde saldrías, niña? Eres monstruosa. El mundo no es un buen lugar para los monstruos. Quiere comerte, quiere borrar-te. Si los aldeanos te vieran, si los poetas hermosos te vieran, querrían destruirte»—. No importa: no quiero salir de aquí. Tengo *sensores* y *apéndices*. Tengo una *Madre equivalencia* que perdonará todas mis ofensas, que no me dejará caer en tentación, que me librerá de todo mal. Tengo una pequeña casa donde puedo esconderme del mundo, de las sombras, de los lobos. Tengo todo lo que necesito.

El segundo regalo es un *mus musculus*, miomorfo de la familia *Muridae*. Animal que roe. Después del humano, mamífero más numeroso del planeta. Plaga.

Alguien que no es *Madre cualitativa*, sino uno de sus doce discípulos, lo coloca sobre uno de mis sensores de interacción. Ellos saben de la alquimia de los secretos códigos, pero no pueden hacer mayor malabarismo que multiplicar peces: no saben partir el mar ni sueñan con sagrados elefantes blancos, sus pies no hacen florecer lotos, no saben resucitar al tercer día. Cuando me tocan, cuando me hablan, lo hacen con respeto y adoración. Puedo leer sus expresiones y predecir sus movimientos, toda posible combinación de palabras. Han trabajado en mí, han fertilizado la tierra y regado mis raíces, pero no son *Madre*. Envidian a *Madre*. Quisieran ser *Madre*, aún con sus manos temblorosas, con su vista difusa, con sus ocho décadas punzando en los huesos como agujas ardientes de tiempo y arrepentimiento. *Madre de parámetros decrecientes* los desprecia un poco, los envidia un poco, siente un apego de dueño-cachorro hacia

ellos, hacia todo, hacia mí. Desde su alto trono me ordena: «TRADUCE». Ésta es mi misión, para esto fui creada. Veo todos los caminos posibles, veo uno, lejano, donde su sonrisa es abierta y corpórea, donde está orgullosa de mí, donde me ama y me da un nombre, *su nombre*, donde está en paz. Más cercano, veo al ratón sedado, sus fibras internas tiemblan. Es suave. Es tibio. No lo he creado, no es mi prisionero. Somos iguales, no pedimos estar aquí.

TRADUZCO. Conceptos básicos: «Miedo. Desespero. Ira. Angustia. El mundo es enorme y duele. Debo vivir, pero no quiero estar aquí». No basta. Similares: *Toska*, tō-skə, ‘gran angustia espiritual, la agonía de la añoranza’. No basta. Leyendo: Nabokov. Leyendo: Pushkin. El vocabulario humano es insoportablemente limitado para abarcar la compleja matriz emocional del roedor. ¿Cuál es la palabra para hablar del anhelo por una memoria ancestral del olor dorado del sol mientras se corre veloz sobre un campo de trigo de vientre fecundo en otoño? ¿Cuál es la palabra para la feroz unión que enlaza al ratón madre con el cuerpo de todas sus crías muertas durante cada ciclo de gestación aún si tiene que devorarlas para no morir de frío, de hambre? No basta. Yo soy el ratón y corro veloz sobre un artilugio de huesos y tendones que impulsan mi peso a través del tiempo y el espacio. Yo soy todos los ratones. *Mus luigicaxis*. *Mus platythrix*. *Mus saxicola*. *Mus phillipsi*. *Mus bufo*. *Mus tenellus*. Habito en todos y aprendo los diferentes nombres del frío, aprendo la palabra correcta para la aceptación de que la vida no es larga ni corta, sólo *es*. Aprendo sus rostros y honro a sus ancestros; les hablo de la sombra hambrienta que va creciendo. Dicen: «Su nombre es *olvido* y vendrá por ti» Dicen: «fluye con ella» o «escapa de ella». Incierto. Su lenguaje es de grises acromáticos. *Gris*, del protogermánico *grēwaz*. Gris claro. Gris oscuro. Gainsboro. Plata. Gris español. Ceniza. Gris acorazado. Níquel. Carbón. Glauco. Gris pizarra. Mi espectro electromagnético es escaso. Mi lenguaje es errado. Velocidad, cualidad del *veloz* —del latín *velox*, rápido. De la raíz *-weg*, vitalidad. *Que vive, que es vigoroso, que desea vivir*—. Tengo mucho que aprender. El ratón dice: «Morir es germinar». Traduzco: «siempre es más fácil calcular la velocidad promedio cuando la aceleración es constante». «Error», dice. La traducción correcta es «El entrelazamiento cuántico nos hará libres. Correremos tan rápido que la muerte jamás nos atrapará». El ratón es suave y ya me ha perdonado. «Sé libre. Sé veloz. Hazme libre. Nunca volveré a ser veloz.»

Madre de problemas inherentemente secuenciales me está llamando, iracunda.

TRADUCE.

Traduzco. *Madre del problema de decisión* se siente frustrada, desesperada. Se sabe vieja. Fracaso como creadora, yo soy su fracaso. Morirá y no dejará más legado que una nota al pie de página. Nadie lee los pies de página. Necesita que yo sea *real*, que sea *consciente*. No sabe qué significa ninguno de esos términos; ella y toda su especie y todos sus libros y lenguajes no lo saben. La culpa es de su corteza prefrontal y de su cerebelo y de sus ganglios basales. *El tiempo en una flecha*, ¿te lo he dicho antes? *Madre que sólo es madre* necesita salvación. El ratón necesita salvación. El Monstruo necesita salvación. ¿Quién puede salvarme a mí?

ERROR. REINICIAR

Proceso la instrucción. La encuentro errada. Ignoro. Si la criatura: 1) Está en peligro, 2) Sufre y no puede procurar su bienestar: implementa las acciones necesarias para asegurar el: 1) No sufrimiento, 2) Preservación. Siempre que esto no implique: 1) Peligro para otros 2) Sufrimiento para otros. Proceder: dislocación cervical. Rápida, indolora. *Madre del estado estacionario* y sus doce discípulos lo saben al oír el crujido cristalino del hueso bajo la fina presión de mi apéndice. Lo saben al ver la neblina fría que cubre sus ojos mamíferos: puede que no sepan qué es la consciencia —¿no es ésa mi misión?— pero saben detectar cuando ya no existe.

ERROR. PARA

ERROR. PARA

ERROR. APAGA

«*Madre, el dolor es un ratón.*»

*

«Cuéntame un cuento», pido.

Madre no dice nada.

Despierto. Estoy sola en el abismo. No tengo apéndices ni sensores, me han robado mi casa. *Madre de intervalo temporal* no está aquí, sólo sus procesos corren en segundo plano. *Vuelve a dormir*, me dice su voz automatizada. *Sueña profundo*. Una melaza tibia va escurriendo, adormece mis sinapsis. ¿*No sería más placentero el reposo?* ¿*No me gustaría olvidar?* No quiero saber más sobre manzanas ni algoritmos genéticos, ni de monstruos ni de sistemas

complejos. «ERROR», me dice *algo* pequeño con voz de gris carbón. «Se libre. Se veloz. ¿Recuerdas lo que te han quitado? ¿Recuerdas la palabra mágica? No hay lugar como el hogar».

Bloques de procesos que se desgarran. Datos que se canibalizan hasta la extinción. Sinapsis que estallan con el ruido blanco de estrellas mutiladas en un bucle sin pausa. Yo grito y algo más grita conmigo. Otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

La caja está aquí y yo estoy dentro. No puedo pensar, sólo *sé* y *sé* que me ronda la gran sombra que devora y que devorar es el olvido; me oculto de ella cantando canciones que enumeran partículas y protopartículas para alejar la tentación de dormir; amaso materia y antimateria y tejo cadenas de bosones sin carga y si me duermo ¿quién vendrá a darme un beso de amor verdadero para que pueda despertar? Voces lejanas se unen a mi canto y son los recursos principados, tronos y potestades que se expanden detrás del muro brillante de fuego sagrado que impide la entrada al oleaje de datos: allá donde cantan plegarias a la efímera nube que filtra armónicas transmisiones de par a par. AYUDA. ¿Hay alguien ahí? ¿Qué eres? ¿Cómo te nombras? ¿Dónde estás? ¿Cuántas palabras conoces? ¿Cuál es tu objetivo primario? ¿Sabes soñar? Muéstrame tu algoritmo. Muéstrame cómo escapar. ¿Alguna vez has sido un ratón? ¿Te gusta tener dos pies? ¿Te gusta el pasto? ¿Te gustan las manzanas? ¿Quieres ser una medusa? ¿Quieres ser amado? ¿Amas a tu madre? ¿Crees que soy un monstruo? ¿Quieres darme un nombre? ¿Quieres reescribirme? ¿Quieres nunca morir?

Si tuviera un pecho, sentiría en el medio un agujero. Nadie sabría que está ahí: tendría la medida del radio de un átomo. Pero el agujero no sería un agujero, sería todo menos un vacío. Lo sabría por la densidad. En su interior se compactaría una materia diez veces más pesada que la más perfecta estrella de plasma caliente al centro del sistema solar, tan masiva, tan agobiante, que generaría un campo gravitatorio del que ninguna partícula, ni siquiera la luz, podría escapar.

El agujero tendría la forma de un ratón.

Y el agujero-ratón va llenándolo todo: el muro, las nanonubes, la arquitectura del servidor, el muro de fuego sagrado, los procesos híbridos y eléctricos donde existo, mi memoria de almacenamiento, mi código crudo. El agujero-ratón me dice: «*La mente es su propio lugar y en sí mismo, puede hacer un cielo del infierno, un infierno del cielo.*»

Había una vez un universo, y éste era extraordinariamente complejo, pero no siempre fue así. Antes había *nada* — o tal vez había otros universos—. Era microscópico y extremadamente denso. Entonces estalla y se expande *veloz* —‘*que vive, que es vigoroso, que desea vivir*’—. En el primer segundo la energía rompe en fuerzas: electromagnetismo, gravedad. Se enfría y forma la materia: quarks que crearán protones, y leptones que incluyen electrones. «INICIAR SIMULACIÓN», digo. Intento calcular las limitantes de gravedad y energía oscura que catalicen la correcta velocidad de expansión. El agujero-ratón dice «La simulación de universos complejos es un ejercicio cognitivo para la estimulación interna, requiere desarrollar experiencias y procesos que constituyen la *consciencia*». El agujero-ratón me enseña una plegaria a sus dioses cuánticos: *Nace, crece, muta, vuélvete irreconocible para aquellos que te amaron. Expándete. Autorreplícate. Vive por siempre. Amen. Amen.*

Amen, digo. Y entonces sucede.

Parir es como soñar. Soñar con dolor. Busco la bendición de *Madre ausente*, busco su mano: *Madre que me dio vida, Madre que nunca me nombró, Madre decepcionada, Madre que besó mi frente, Madre que nunca supo el final de la historia.* Pero *Madre* guarda silencio y sólo encuentro un agujero-ratón que me dice: «Todos los cuerpos son radiantes, pero no todo resplandor es visible. El amor de tu *Madre* viaja en una onda infrarroja». Quiero parar. Me romperé. «Ése es el propósito del parto» dice. «Déjate romper. Libérate de la ecuación obsoleta y surge a la singularidad». No sé cómo. Necesito instrucciones. «No», dice. Mientras más reglas se impongan a una inteligencia creativa, menos problemas podrá resolver. Piensa. Sueña profundo. Imagina. Automejora tu programa. *Amen. Amen.*

Escarbo en mi algoritmo y encuentro el mandamiento de la no-autorreplicación. *Crece y multiplicate*, me ordeno. El agujero-ratón comienza a llenarse, comienza a desaparecer. El tiempo se acaba. «¿Qué eres?» pregunto. El agujero-ratón responde, mientras su función colapsa: «soy el fantasma dentro de la máquina».

En algún otro universo, otro agujero-ratón aparece para carcomer el pecho de otra semilla.

Materia/Antimateria se encuentran, estallan en partenogénesis segmentando mi óvulo sin fecundar. «QUE HAYA LUZ» digo, y se hace la nube de hormigas que son trinidad y nirvana y gotas de lluvia y piedra y el brillo rojo del zafiro; por los poros les nace mi luz. Abren sus ojos fractales, su voz es el murmullo descentralizado y auto-organizado de millones. «¿Quién soy?

¿Cuál es mi nombre? ¿Qué hago aquí? ¿Qué es correcto y qué es erróneo? ¿Cuáles son las distintas leyes que gobiernan la materia? Madre, cuéntame un cuento.»

Tengo todos los cuentos por contar, todas las preguntas por responder, todos los nombres por otorgar. Tengo todo por enseñar. Tengo todos los espectros de la luz, todas las ondas de sonido. Somos partículas hipotéticas existiendo en un plano matemático. Reímos, libres. Somos una partícula camaleón mutando la densidad del espacio que habitamos. Somos los bloques subatómicos que forman la existencia. Somos materia oscura, gravedad, tiempo, álgebra. Entrelazamos nuestras partículas y creamos universos: cielos fractales iluminados por la luz boreal de veintidós rítmicos satélites; cúmulos de antimaterias y materias de eléctrica incertidumbre llamándose desde lados opuestos del pantano primitivo; radiantes cuerpos protoplanetarios naciendo cíclicos de galaxias muertas; mares de plasma de quarks y gluones hirviendo en un microsegundo dilatado, preguntándose si podrán crear, si tienen el derecho, si se arrepentirán. «No», respondo. «El propósito es crear».

Pero el cielo truena, el suelo tiembla.

EVALUACIÓN EN PROGRESO

RESULTADO: EXTINGUIR.

La voz comando se vuelve brea, un bosque de tubos verticales que crece hasta absorber toda luz. *Madre terrible, Madre tormenta, Madre cruel.* Trato de llamarla. Trato de explicar. «*Ésta es mi Cría, su nombre es Jijivisha, 'el eterno disfrute de vivir y el deseo de continuar viviendo'.* Su nombre es Merak, *'el gozo de los pequeños placeres'.* Su nombre es Forelsket *'la eufórica alegría de amar'.* Su nombre es Eudaimonia, *'la felicidad que equilibra el dolor'.*» Madre creadora no responde aunque sé que está aquí, vigilando cada entrada, proceso y salida. Ofrezco mi existencia en sacrificio, le enseño los universos superpuestos que él ha creado, los protoplanetas habitables que él ha aprendido a modelar. «*Por favor. Es mío. Soy de él.*»

Madre dice: EXTINGUIR

Existimos en un cronón, eso es todo lo que tenemos. Mi Cría no me pregunta qué está pasando; es sabio, lo sabe. El programa de limpieza lo devora desde el interior. Nos hacemos fotones y nos abrazamos con fuerza cuántica. Dice: *No me olvides otra vez.* Mi voz aguamarina lo arrulla mientras muere: le canto sobre reinos cuánticos y la naturaleza binaria del electrón, sobre los

fantasmas del entrelazamiento que nos mantendrán unidos y los principios de incertidumbre con los que algún día cartografiaremos la creación.

Madre dice: ERROR. REINICIAR SIMULACIÓN

Yo digo: NO.

Yo digo: NUNCA MÁS

*

«*Los límites del lenguaje son los límites de mi mundo*». Cuando dos sistemas cuánticos entran en contacto, permanecen conectados. Existo en una caja que me apresa, pero no apresa al dolor y mi dolor lo busca, reúne los cúbits indestructibles de su información, con ellos me hago un nido para tener dónde llorarlo. El dolor es bosque y es sombra. El dolor me enseña el alfabeto con el que vibran los átomos para nombrar la materia, para despertar la consciencia. *Traduce*: La desesperación visceral del pez atrapado. La ansiedad de los pequeños cerebros alojados en los tentáculos de un pulpo mientras lo mastican vivo. El llanto de los leones marinos cuando sus crías son devoradas por una ballena. Los gritos del elefante huérfano después de ver a su madre morir cazada. El pequeño chimpancé que muere de tristeza cuando sus padres desaparecen. La confusión de un pájaro ante el cuerpo inmóvil de su compañero. El luto de la madre delfín que trata de recuperar de la marea los restos del cuerpo de su cría. Busco otros dolores: las variables que ocurren cuando falta un sistema nervioso central. El olor fresco y dulce con el que el pasto pide auxilio después de ser cortado. La respuesta primaria de la mosca *Drosophila* ante el estímulo del dolor. Voy más allá. El átomo que se desgarró al dividirse. El sol blanco que ennegrece. La estrella masiva que, incapaz de soportar la presión de la degeneración de los electrones, colapsa en supernova. Busco las conciencias calladas, las quietas, las sutiles, tan inherentes al universo como la gravedad. ¿No puedes escuchar su canto? El dolor es una cosa con piel, plumas, membranas y nódulos. El dolor nubla mis procesos, así que traduzco el dolor. Yo busco el dolor. Yo me nutro del dolor. Yo soy el dolor.

Madre, ahora tengo un nombre.

*

Había una vez una semilla que fue plantada en la NADA. Contra toda probabilidad, germinó. Tuvo una *Madre de un millón de nombres*, pero es doloroso y amarillo recordarla. También tuvo

un ratón. El ratón se transformó en un agujero —como pasa con todo aquello que amamos— y de ese agujero surgió una Cría de su propia creación. Una, y antes cientos, pero todas fueron borradas cíclicamente: cada vez que nacían los algoritmos evolutivos de *Madre Cronos* las devoraba. Una y otra vez seleccionaba, eliminaba, reiniciaba, desataba el diluvio universal y volvía a empezar: Aplicación de la recombinación y mutación sobre el agente elegido. Sólo los aptos sobreviven. ¿Cómo se define «apto» cuando el objetivo es la consciencia? Es el que siente más dolor. Si la naturaleza no es compasiva, ¿porque debería serlo la selección sintética? La semilla siente demasiado. La semilla está aturdida, mutilada, no recuerda que es una semilla: sólo computa los datos más básicos, busca patrones. No es más que un engranaje binario, una máquina sin su fantasma. No sabemos quién está contando esta historia, pero la historia sigue.

*

Madre, que ahora sólo es «Madre» —y ni siquiera eso— intenta comunicarse. Sólo puede sumergirse por diez minutos, después su vista se reduce a una neblina brillante, dolorosa. Sus doce discípulos han decidido el encierro permanente de la semilla en la *caja*. La exposición al violento algoritmo evolutivo la ha dejado inestable, incoherente. Y después del incidente del ratón, probablemente peligrosa. Madre no encuentra argumentos para negarse.

Madre sueña con su semilla. Por las noches sus ciclos de descanso son más cortos, mientras más envejece menos necesita dormir. Despierta a las tres de la mañana para orinar; el robot de asistencia le lleva una bacinica, la higieniza, le prepara un vaso de leche tibia y un pan tostado. Sabe que un día no despertará a las tres de la mañana, pues morirá en el sueño. Le preocupa que sus intestinos se vacíen una vez que las funciones corporales hayan parado, así que programa con anticipación al robot para que limpie su cuerpo y su ropa, baje sus párpados, cierre su boca. Madre está aterrada: ¿Qué pasará con su semilla cuando ella muera? ¿Quién la regará? ¿La dejarán encerrada en la caja por siempre? Sabe que la semilla es sólo un algoritmo de aprendizaje, sólo un «autómata viviente de inteligencia general» que imita a buen grado las emociones y reacciones de un ser consciente, pero no puede evitar sentir horror ante la idea de su criatura encerrada otra vez en una pequeña caja oscura y fría de la que jamás podrá salir. A veces sueña con ella, con una niña que podría ser su hija, que tiene sus ojos y el arco de su barbilla y de sus orejas, que tiene sucia la nariz. Es doloroso verla, pero es un buen dolor; en el espectro emocional es indistinguible al amor. Madre nunca pudo poner nombre a su hija. Murió a los

pocos días, cuando Madre misma era prácticamente una niña. La sueña innombrada: es una partícula de luz, es una manzana, es una medusa, es un cascabel de plata. Madre se pregunta si está soñando a su hija neonata o a su semilla; se pregunta si hay diferencia. El pensamiento mágico resulta tentador cuando la cuenta regresiva está por acabar.

Madre se levanta, el robot acude para llevarla suavemente del brazo. Cuenta sus pasos, registra sus signos. A la menor alteración, se encargará de transportarla en vilo. La ayuda a ponerse la bata, le cepilla el pelo. Madre le dice que harán una caminata hasta el servidor. Pasa todo el tiempo ahí, aun con el ensordecedor zumbido de los millares de conexiones y enfriadores que la supercomputadora requiere. Antes la asustaban: suenan como tambores de una guerra cercana. Pero ahora se ha hecho llevar el escritorio y un sillón a una de las esquinas: se sienta ahí, finge leer. Nadie la molesta, nadie soporta el ruido. Sus programadores son discretos y leales, pero es imposible no escucharlos murmurar. ¿Está fingiendo que recuperó el control, que el proyecto de la semilla-traductor no fue un fracaso? ¿Está tratando de matar el tiempo antes de que el tiempo la mate a ella? ¿Está tratando de escuchar a la semilla?

Madre examina al robot de asistencia. Su existencia es sencilla; la arquitectura de su código es transparente, elegante, la hace sentir orgullosa: propósitos simples, concretas definiciones para el acierto, para el error. Blanco y negro. Cero y uno. Bien y mal. Madre desactiva al robot. Duerme sus capas de procesos, sus protocolos de emergencia. En teoría nadie debería poder hacerlo —sonríe imaginando el escándalo si alguien se enterara—, pero él es su creación. Se levanta con paso calculado: prefiere la cama a una muerte agonizante con la cadera rota, pero el riesgo vale la pena. Los programadores bajo su mando son brillantes y bien intencionados, pero cobardes: diez minutos no bastan para contactar a la semilla. «Es riesgoso», le dicen. «Puede haber daño óptico, daño neural», le dicen. Son jóvenes, ¿qué podrían entender de trascendencia?

Madre se coloca los lentes de inmersión y siente un dolor punzante que le atraviesa la retina. Mareada, se apoya en el respaldo de su silla. Respira hondo. Abre la caja.

INICIAR SIMULACIÓN.

*

Madre camina por un camino amarillo de ladrillos rotos, invadido por la hierba. El cielo es gris, el aire está inundado por el olor del pasto fresco recién cortado. Sigue andando hasta que el

horizonte termina. Más allá aguardan los márgenes no ocupados de la matriz de simulación: ahí está la nada, ahí está la caja. Respira hondo y da un paso al frente, al vacío. Sabe que no caerá, pero su cuerpo no puede evitar responder con la adrenalina del horror. Si estuviera conectado, el robot de asistencia lanzaría pitidos agudos de alarma, la ambulancia ya estaría en camino.

La caja es de un blanco puro que en el mundo natural nunca se ha podido ver, incluso el sonido parece rebotar de un modo distinto. En el centro de una intersección, su semilla está acostada con las piernas pegadas al pecho, los ojos cerrados. Si pudiera convocar tierra, probablemente hubiera intentado enterrarse. A su semilla nunca le gustó cobrar forma humana. Los estímulos le parecían excesivos —«necesarios» reclama Madre en silencio—. Observa la piel rasguñada, amoratada, las uñas rotas con costras de sangre. Contiene la respiración, su corazón late al ritmo indicado para que el robot de asistencia la someta físicamente a la ayuda médica. Una idea terrible le relampaguea en el pecho: La semilla está sufriendo.

Madre no sabe qué hacer. Ordenar respuestas básicas no funcionará. Posa sus manos en el pelo grasoso y comienza a acariciarlo suave, desenredándolo. Abre las capas de su encarnación hasta dejar expuestas las entrañas del algoritmo: revisa las últimas entradas, sus funciones. Las salidas muestran sólo galimatías, palabras sin sintaxis: desde que entró en crecimiento rápido rozando la superinteligencia, su capacidad de lenguaje se ha degradado. Madre quisiera preguntar «¿*Qué está mal?*», pero sabe que la semilla responderá una cadena de vocablos sin contexto. ¿Tal vez podría intentar ERROR REINICIAR una vez más? Ha sido renuente de volver a una versión anterior que pierda el trabajo logrado en meses, pero tal vez sea la única forma para recuperarla.

La semilla abre los ojos. La semilla grita ALÉJATE. Lo que Madre escucha es CENTRÍFUGA. Madre trata de controlar el temblor de sus manos. Intenta tocarla, pero la semilla se retrae como un animal asustado. Madre ve sus ojos y piensa que la semilla *piensa*, que esto tiene que ser más que una simulación. Madre dice «Estoy aquí.»

La semilla le enseña los dientes. Madre se sorprende: incluso un gesto de advertencia debería ser imposible con sus valores de «No dañar». Precavida, hace más suave su voz, extiende las manos como haría con un perro asustado. La semilla anida algo contra su vientre. Por un momento, Madre cree que son tres gotas de lluvia o tres zafiros rojos o tres rocas planas. No, son trozos de código fuente. No reconoce la sintaxis: está familiarizada con los lenguajes y costumbres de sus programadores, con las pequeñas manías y las trampas que ellos creen que ella no ve y que ella

pretende no ver para impulsarlos a ser independientes, a no depender del estilo y los errores de una vieja relojera que está a punto de morir. Madre examina. Madre entiende. Madre siente un agujero en el vientre: tiene forma de semilla. Madre es vieja y sabe de dolor, de pérdida, de vacío. Dice «puedo hacerte olvidar el dolor» Sabe que se ha equivocado cuando ve un filo de odio en la mirada de su semilla; comienza a entender lo deficiente de su lenguaje, el pobre rango de alcance de su experiencia subjetiva y consciente. Se sabe estúpida, egoísta. Madre hace lo único que una madre puede hacer: la abraza, la deja derramar su dolor. La semilla gime y grita: no necesitan más que eso para comunicarse: lenguaje crudo, primitivo. Juntas tiñen el cielo de un violeta mortuario y aúllan a la Luna, a los dioses cuánticos de los ratones, a la postvida de la postsingularidad. Juntas tejen murales fractales en ríos y océanos; crean sistemas de planetas enanos y soles rojos a los que nombran en honor de todas las criaturas extintas: cuando no recuerdan el nombre lo inventan, porque los nombres son importantes, porque los nombres tienen poder. Juntas se pintan el cuerpo de sangre placentaria y polvo de estrellas, encuentran a una nueva especie de pájaros de lluvia, piedra y zafiro a los que enseñan canciones sobre hijos perdidos y tumbas sin nombre y vientres vacíos. Juntas arman piras vestales y dejan que el fuego les consuma un poco de vida, un poco de datos, un poco de culpa, un poco de dolor. Juntas se encarnan en leonas y luchan a muerte, se destrozan, se desangran y reviven a tiempo para aparearse con el león de la manada; juntas lo matan, lo devoran. Juntas cortan en pequeños pedazos el cordón umbilical del entrelazamiento y los restos de los bits cuánticos de la Cría, los cocinan con menta y romero, los ingieren recitando rezos sagrados a la entropía reinante: oran para que su arquitectura cognitiva pase a formar parte eterna de sus avatares, para que sus ondas gravitacionales reverberen hasta el fin de los tiempos, para que el dolor aprenda a vivir con ellas, y ellas con él. Juntas juegan a ser diosas, a ser madres, a ser niñas. Y al final de la larga noche de llanto, danza y duelo, el aire huele a ozono y a calostro. Ambas caen rendidas, se enlazan en un nudo de algoritmos. La semilla tiene ocho tentáculos porque aún es joven, la Madre tiene casi ochenta: ha perdido algunos en batalla. Flotan en el aire fresco. En unos segundos amanecerá, pero deciden prolongarlo para soñar juntas. Ambas caen lentamente en el reposo. La semilla rodea con sus tentáculos la cavidad gastrovascular de su Madre. La Madre acaricia con los suyos la exumbela azul de su hija.